Num. 24. Jueves 21 de febrero de 1839.

ABENAMAR

y

EL ESTUDIANTE.

Un convite.

«Las fiestas de la libertad son alegres, francas, y bulliciosas, cuanto suelen ser las del absolutismo tímidas, silenciosas y desconfiadas; bajo la libertad los hombres se reunen *como hermanos*, y encendidos en el *santo* amor de sus semejantes, crece y se manifiesta su entusiasmo como se desprende la electricidad por el contacto de unos cuerpos con otros"

Ese parrafillo que antecede ya habrán Vds. echado de ver que no es mio, por el estilo, por el lenguage, y por otras muchas cosas mas. En primer lugar yo no tengo genio de hacer esas

ponderaciones acerca de la libertad, ni de estasiarme por las fiestas de la libertad, ni de andar siempre á vueltas con la tal libertad, ni de traerla sin descanso pendiente de los labios. Opino que con la libertad debe hacerse como con las mugeres, disfrutarla cuanto sea posible y hablar poquísimo de ella: y si Vds. quieren ver cuan exacta es la comparacion, no tienen mas que observar, y notarán que en una y otra materia el que mas charla es el que menos goza. En segundo lugar, eso del *entusiasmo* y de la *electricidad*, tampoco se me podria á mí ocurrir por mucho estudio que hiciera... Pero ¿á qué vienen tantos rodeos? Sépase de una vez que esa pomposa entrada, que ninguno de mis lectores habrá acertado á donde conduce, si no ha visto antes el original, es copiada á la letra de la relacion que en los dias pasados nos ha dado el *Eco del Comercio* de cierto convite llamado patriótico.

Este convite fue celebrado ó tenido por la que llaman minoría de las Córtes, ó por otro nombre, reunion de los senadores y diputados que llevan la contraria, que tal es el genuino sentido de la palabra *minoría* tomada en esta acepcion. Reuniéronse, pues, en el salon de máscaras del teatro de Oriente con algunos individuos de las constituyentes (y cuidado que vamos á seguir fiel-

mente la relacion del Eco) «para celebrar (son palabras de dicho periódico) en un convite de despedida el término por ahora de sus tareas legislativas.»— Por esta espresion y aquel principio se infiere que los señores comilones *celebran*, aplauden, y se regocijan de que se hayan cerrado las Córtes: y añade el *Eco*: «Cuando despues de tan oscura tormenta *empieza á divisarse un horizonte mas claro*, era natural que los adalides de la combatida libertad de la patria se esplayasen en una reunion amistosa... y pronunciasen las *esperanzas de un porvenir mas halagüeño.*»—Véase aqui un horizonte y un porvenir que no están ciertamente al alcance de mi vista, pero como yo la tengo mucho mas corta que el *Eco*, no estrañaria ser el que me engañase. Sin embargo, él mismo dice despues coutinuando su narracion, ó por mejor decir al finalizarla, que la *tendencia* de la reunion fué «Grande alarma por medidas extralegales *que se creen posibles.*»—Esto de la alarma no acierto yo á acomodarlo y que venga bien con *la mayor claridad del horizonte* observada por los astrónomos algunos renglones mas arriba: y mucho menos cuando veo despues al Señor Don Salustiano de Olózaga hablar *de los peligros que amenazan á la libertad*, y al Sr. Alvaro decir que los tales peligros, de puro cerca-

nos, acaso ocurrian ya en el mismo momento en que el Sr. D. Anicetito estaba hablando. Palabras fueron estas terribles sobre manera, y que hicieron estremecer á todos los concurrentes, chocarse entre sí los vasos y los platos, bambolearse las botellas, y palpitar los corazones; pero afortunadamente hasta el momento presente no ha *ocurrido* lo que el Sr. Alvaro anunció que estaba ocurriendo, ó por lo menos el *Diario de avisos* no nos lo ha contado en su cuotidiano artículo de «Ocurrencias de la capital.» Tranquilizémonos, pues, y sigamos sin zozobra la relacion del célebre banquete, deteniéndonos en los brindis ó *toasts* que segun el uso de Inglaterra se han introducido y caracterizan esta clase de reuniones.

El señor Arguelles dice el *Eco* que despues de un *breve* discurso propuso sendos brindis á las reinas. Necesidad tiene el *Eco* de todo su crédito para que los lectores den asenso á sus palabras y se persuadan de que en efecto fué breve el discurso del señor don Agustin; pero, en fin, démoslo de barato, y pasemos tambien por alto las naturales aclamaciones que por impulso de los señores Quinto y Montañés se dieron á Zaragoza. Tambien dejaremos en sus arrebatos á los señores Gil y Feliú, declamar «contra la tiranía de un soldado que todo lo sojuzga en el pais»

pero bueno es notar que mientras sus señorias estaban salvando la patria á fuerza de botellas, el tal *soldado* y los que militan á sus órdenes estaban pasando tragos no tan dulces, y acababan de *sojuzgar* á Ager conquistandole en 24 horas del poder de los facciosos. Hecho es este que no necesita comentarios: basta que Cataluña y la nacion entera fijen los ojos en el contraste que presentan los patriotas Gil y Feliú comiendo, bebiendo, y denigrando al vencedor de Ager; y este andando á balazos con los carlistas y tomandoles una plaza de importancia. ¿Cual de las dos operaciones es mas patriótica y benemérita? ¿Cual de las dos reportará mas beneficio á España?

Compadezcamos el estravio que en los buenos entendimientos causa el espíritu de partido, y para disipar el mal humor que estas miserias producen, oigamos el brindis del grandísimo Mendizabal, que estendiendose como un Briareo por las altas regiones de la atmósfera, hizo por hablar, y dijo brindando: » al órden observado en una reunion de tantos anarquistas." Que los concurrentes disparasen grandes risotadas en oyendo esto, no lo estraño: lo primero, porque los vapores del festin hacen fácil y frecuente la risa, y lo segundo porque es cosa natural y pues,

ta en razon reirse siempre que dice algo Mendizabal. Tampoco es de admirar que el *Eco* celebre el dicho; mas lo que no puede menos de asombrarme es que Fr. Gerundio le haya dado tambien sus alabanzas. A mi me parece esta ocurrencia semejante á la de un bandolero que viendo distribuir con toda fidelidad un robo entre su cuadrilla, esclamára diciendo: « ¡Y luego nos llamaran ladrones!»— Nadie ha dicho que todos los que alli comian fuesen anarquistas, pero mucho menos que los anarquistas no puedan comer juntos sin tirarse los platos á la cabeza. En verdad que si los chistes de Fr. Gerundio no resistieran un poco mas el analisis que los de Mendizabal, no valdria tanto su sayal.

Otros brindis y otras ocurrencias hubo en la reunion que seria prolijo referir, pero no puede pasarse en silencio la del señor Sancho que dijo con universal aplauso, segun el *Eco*, que si el primero de diciembre no estaban reunidas las Córtes, él iria á buscar una bayoneta para defender la Constitucion. ¿Tan olvidado de su espada anda S. S. que no quiso ni aun mentarla, corriendo el riesgo de que su espresion perdiera, como perdió en efecto, de nobleza y energia?

Y ahora hablando aqui sincera y francamente ¿creen ustedes que ganarán mucho en el con-

cepto del pueblo español, grave y sensato, esos sus representantes que se juntan, no para tener un convite amistoso ó de pura etiqueta, sino para dar á una comilona el carácter de acto patriótico y meritorio? Y esto entre mil peroratas y barahunda de palabras que á nada conducen! Y esto en un viérnes de cuaresma, como si de propósito se quisiera escarnecer la piadosa práctica de un pueblo á quien deben dar antes ejemplo que escándalo! Y esto, como dice el *Eco*, para acrecentar el entusiasmo á manera de la electricidad que se desprende del roce de los cuerpos! Ah! desventurada electricidad, inútil para España! Mezquinos pechos y encojidos corazones aquellos que necesitan del calor de los manjares y del alcohol de los vinos para encenderse en el amor santo de la patria! Mas propio es el festin para celebrar la victoria, que no para aparejarse al combate, y en verdad que no es este tiempo de fiestas alegres y bulliciosas.

Basta ya de una cosa que dá hastío, cuando no piedad y lástima; y dejemos al lector que juzgue, vista la relacion del convite, de la oportunidad con que sacó á colacion el *Eco* aquello de reunirse los hombres como *hermanos*, y encenderse en el *santo amor* de sus semejantes. Si

lo entiendo, que me claven á Mendizabal aunque sea en una cruz!

El Estudiante.

Una opera.

No siempre ha de mojar uno la pluma en el tintero de la política, ocupacion estéril de suyo, y enojosa, por demas, y desapacible. Hoy hago treguas con mi amigo D. Pio y compañeros vírgenes. Lo mas que hoy podria decir de ellos es, que la historia les reserva un *paréntesis* y una *nota*.

Dentro de un siglo aparecerá el cronista de sus hazañas y en un libro grande, papel amarillento, forros de pergamino y letras como garvanzos, dirá de esta manera:

«Al ministerio Frias, de que acabamos de hablar, sucedió el ministerio Pita-Alaix, apellidos que con el transcurso del tiempo han caido en desuso; pero que entonces se honraban con ellos muchos varones *ilustres* en las armas y las letras. (No falta quien diga que estos apellidos son apócrifos, y autores hay que aseguran que no existió

ni pudo existir semejante ministerio Pita-Alaix, porque ademas de un anacronismo hubiera sido una monstruosidad.) Este será el paréntesis, y esta la *nota*. « A nosotros nos parece lo mismo; pero el deber de cronistas, nos obliga á no pasar en silencio este *lunar* de la historia "

Los párrafos que sigan á estos contendrán tales cuadros de desgracias y calamidades, que cuando los lean los padres que haya entonces les dirán á los hijos que entonces tengan; » ¡ Ved aqui hijos mios, ved aqui, á qué término conduce á los pueblos y á los reyes, la presuntuosa ignorancia de mandarines desacordados; escarmentad en cabeza agena, y no deis nunca lugar á que ni aun en chanza os llamen Pitas! ,,

Pero dejemos á la historia lo que sea suyo y vámonos á la ópera, que por mala que sea há de ser mejor que el ministerio actual.

Decia Voltaire que la ópera era un espectáculo brillante; y asi se lo parecerian las óperas que se estilasen entonces; pero como él hubiera visto en Madrid la ópera del *El Elixir de amor*, la noche del 17 de febrero en el teatro de la Cruz, y á la luz de una araña venenosa, segun su colorcillo entre negruzco y amarillento, yo le aseguro al señor Voltaire que en vez de decir que la ópera era un espectáculo brillante, hubiera dicho

que la ópera era un espectáculo opaco, solitario, frio y desentonado.

Soy yo un moro tan cerrado en esto del españolismo que hasta la anarquia, hasta el desórden administrativo, hasta el ministerio me gusta nada mas que por que todo esto es español puro y neto. Leí yo en un periódico, no há mucho, que en Madrid teniamos una compañia de ópera española que cantaba en italiano que se las pelaba. ¡Ah valientes! dije yo entonces; asi me gusta; gorgorito que cante el credo, y rascadle los bolsillos á ese bárbaro público, que todos hacemos lo mismo, sin mas diferencia que unos lo hacen con las armas y otros lo hacemos con las letras. Ahora, en este mismo instante se lo estoy rascando á mis lectores ¿No es verdad, bohillos? Nada... Léjos de picarse se rien; y lo mas que suelen decir es «¡que cosas tiene este Abenamar!

Estaba yo en un asiento de luneta del teatro de la Cruz, y tenia á mi derecha á un ciudadano forastero, que en todas los dias de su vida habia visto óperas ni aun tenia idea de lo que fuesen, aunque habia visto representar comedias en su pueblo á los cómicos de la legua. Se descorrió el telon, aparecieron mas de veinte personas de ambos sexos en el escenario, cantando como buitres y abriendo tanta boca. Diga us-

ted buen hombre, me preguntó el forastero, ¿qué comedia es esta?— Esta es una ópera de Donizetti, titulada el Elixir de amor— Ya... con que eso será algo de botica.— Pues.— Y diga V. ese don Niceto que V. ha mentado ¿es uno que escribe en ese papel que llaman el Castellano?—No hombre, ¡que ha de ser ese!— Lo decia porque yo soy de tierra de Segovia y traigo una esquela para su merced. Y diga V. ¿reza la constitucion que las comedias se canten ahora? Porque ántes las hacian hablando unos con otros como ahora nosotros.—Hombre, ya le he dicho á V. que es una ópera, y en las óperas se canta.— Ya..! vamos, eso es otra cosa; diga V. ¿y qué dice ese que canta al lado de esa señorita que está allí?— Le dice que tiene celos.— ¡Vea V. lo que son las costumbres de los pueblos! en mi lugar los celos los cantamos á palos.— ¿Y como cantan ustedes las contribuciones? ¡Ah señor! eso es otro cantar que nos cantan á nosotros sin dejarnos rechistar el pico; ¡y si viera V. como está la probe gente! Es una lástima. Amen de que la gente tiene pagado en raciones el importe de todas las contribuciones de este año y del que venga, todavia nos aprietan con ejecutores para los picos que quedan de las atrasadas. Pero diga V. esa señorita que canta y que no tiene malos vi-

gotes ¿á qué diablos se ha metido en ese cuarto con ese militar que le hace carocas, quedándose dentro cerrados y solitos?— Hombre, ese es un paso de ópera. — Pues á mí no me hacen mucha gracia tales pasos y á estas horas.... la verdad, yo no las tengo todas conmigo, y si es cosa de que ha de pagar uno su dinero porque le pongan.... no señor, los militares no son gente de confianza, y sino que se lo pregunten á las mozas de mi tierra que desde que pasan soldados por los lugares que está aquello perdido... Diga V. ¿y ese que está subido sobre una mesa y va tan bien portado y habla tanto, y parece que vende ungüentos y cataplasmas... — Ese vende gato por liebre. — Será ministro ó cosa asi... — ¡Quea! hombre. — Pues entonces debe de ser general, porque lleva sombrero de tres candiles y se parece todico á uno que pasó por mi pueblo. — Ese es un cómico. — Y qué ¿no hay cómicos generales? — No hay dificultad en que puedan serlo; pero ese no es general ni cosa que lo valga, sino un excelente cantor que se llama Salas, y que en esta ópera ejecuta el papel de curandero, y para que V. lo entienda mejor, ese curandero le vende una botellita con una bebida que se llama elixir, á ese lugareño que hay alli, para curarle el mal de amor: — ¡Calle! ¿con que ese

pedazo de bárbaro está enamorado? ¿y de quien? — De esa señorita que se metió en el cuarto con el militar, y por eso tiene celos. — Bien decia yo que algo habia; ¿pues tenia ese naranjo mas que agarrar una tranca y molerles las costillas á palos? ¡Vaya! vaya! ya veo yo que tambien las señoritas... vea V. y parece tan modosita y tan bien criada! Bien dice el cura de mi lugar, que en este Madrid hay mucho malo! Temblando me estan las carnes de tener que ir mañana á los ministerios. ¿Sabe V. por casualidad como se llama el señor ministro de Hacienda? — Se llama Pita. — ¿Cómo? Pita?... ja... ja... ja... — ¿V. se rie? — ¿Pues no quiere V. que me ria? ¿Cómo ha de ser ministro de Hacienda uno que se llame Pita? V. se burla. — No señor, no me burlo, asi se llama. — Pues entonces ya no voy mañana á los ministerios, porque tras de las picardias que está uno viendo, llamarse Pita el ministro... es imposible que deje de sucederle á uno alguna cosa mala.

Diga V. ¿y por qué corren ese cortinon? — Por la sencilla razon de que se ha acabado la ópera. — ¿Y ya no hay mas? — No señor. — Pues amigo, dígole á V. que la ópera de don Niceto no deja de tener sustancia.

El forastero se despidió de mí, y yo me ale-

gré mucho de que la suerte me hubiese deparado tal compañero de luneta que ya que me impidió oir la ópera me libró del pesar de censurarla.

Abenamar.

La Cuaresma.

Era yo muy muchacho y me acuerdo que preguntándome un señor mayor qué era honestidad, le contesté que el refinamiento de la lujuria. Si me hubiesen preguntado entonces qué cosa era la cuaresma, hubiera contestado, que el paréntesis que hacen los vicios entre carnaval y la pascua; contestaciones hubiesen sido estas como de muchacho aunque no dejan de tener su intríngulis.

La Cuaresma, que era antiguamente la aristocracia del año, ha venido muy á menos á fuerza de meneos y pellizcos populares. Era la aristocracia del año, no porque fuese mas rica que los demas dias, sino porque era mas grave, mas inútil y mas holgazana. Los ayunos como los entendian nuestros abuelos, no tenian de tales mas que el nombre, pues que, por lo general, no

eran otra cosa que una dieta metódica y de ciertas horas al dia para mejor engullir en otras. Este plan de higiene era escelente para conservar la salud, principalmente en el tiempo en que la sangre recibe el impulso de la primavera; y este plan sin embargo de su bondad há caido en desuso ¿quién lo diria? precisamente por ayunar. Porque ¿cómo se le obliga á ayunar tales y tales dias á quien por necesidad ayuna todo el año? Mas claro; para los hijos de Pelayo que ahora vivimos, la Cuaresma comienza el primero de enero y acaba el 31 de diciembre.

Esto en cuanto los ayunos: pero en cuanto á lo de solazarse y divertirse es harina de otro costal. Las diversiones hacen alto en la cuaresma, se acampan, forman pabellones y tiendas de campaña y aprestan municiones para la gran batalla que debe empezar el domingo de pascua. En la cuaresma no es licito divertirse sino á hurtadillas ó como quien juega al escondite. Con tal de que asi se haga, puede uno divertirse hasta el cogote; pero eso de que se sepa, ni por pienso; seria un escandalo. En una palabra en la cuaresma no hay público, sino individuos: andamos todos en dispersion buscando cada uno su conejera, menos aquellos que se estan en ella para no tomarse el trabajo de buscarla. ¿Y

querrian ustedes que el ministerio permitiese que hubiese Córtes en la cuaresma? Esto hubiera sido un escándalo. No señor, la suspension de las sesiones ha sido altamente *cuaresmal*, y por otra parte era el único remedio que quedaba para obligar á ayunar á ciertos oradores.

La cuaresma es ademas el tiempo destinado al examen de las conciencias, y segun andan estas, opino yo que deberia prorogarse la cuaresma por un mes lo menos. Con esto, con la suspension de las Córtes, con la venida de los facciosos, y con la ida del invierno, verán ustedes qué limpios y qué guapotes entramos en el verano.

ABENAMAR.

Editor responsable GERONIMO CACHAPERO.

Madrid. Imprenta de la Compañía Tipográfica.